

Edificios de archivo

De almacén a jaula de oro

LLUIS-ESTEVE CASELLAS | @lecasellas



En el mundo de los archivos, y concretamente en su versión tradicional, continúa siendo habitual utilizar el volumen como indicador de referencia, ya sea para dimensionar la importancia o la complejidad de gestión o bien, y desgraciadamente, para reclamar las necesarias mejoras para la preservación del patrimonio documental. Sí, las comparaciones siempre son odiosas, pero (en archivos) el tamaño importa. Custodiar más de 5.000 metros lineales –el ML requisado ahora por el Machine Learning– todavía impresiona, por no hablar de km –aquí el Knowledge Management nunca ganó la partida. Más incluso si la cronología empieza en el siglo XII. Sin embargo, la nimiedad de que el 70% corresponda a la segunda mitad del XX tiene poco recorrido en los medios, y no digamos ya en el entorno político.

En consecuencia, el tamaño en archivos importa y por ello aparece en todas las encuestas oficiales que, con escasa creatividad, se repiten periódicamente. También es un elemento de presentación común de la mayoría de los archivos, y eso a pesar de su relatividad. ¿Relatividad? Evidentemente, pues varía según la instalación y almacenamiento, como bien sabemos quiénes alguna vez hemos circulado por los depósitos flexómetro en mano: aquí hileras dobladas o cajas embutidas porque alguien decidió unos estantes demasiado anchos o altos, allí planos ahora desenrollados, luego legajos sustituidos por cajas normalizadas, etc.

Naturalmente, el tamaño siempre está relacionado con la capacidad, que interesa, pero menos. Porque quien pregunta por lo primero no suele preguntar por lo segundo, o pasa por ello de puntillas, no sea que tenga responsabilidades sobre el tema. El índice de ocupación, por ejemplo, siempre calienta en la banda, pero el que no figura en ninguna alineación es el



índice de saturación, el más útil y olvidado. Sí, esas cajas apiladas en pasillos, encima de estanterías o embudadas en estantes. Es decir, esos "Mat-chíns Lírings" de volumen que

sobrepasan la capacidad y que también deberían reflejarse en un porcentaje. Porcentaje, frecuentemente... aterrador, cuando no un peligro para la documentación, el personal o el mismo edificio.

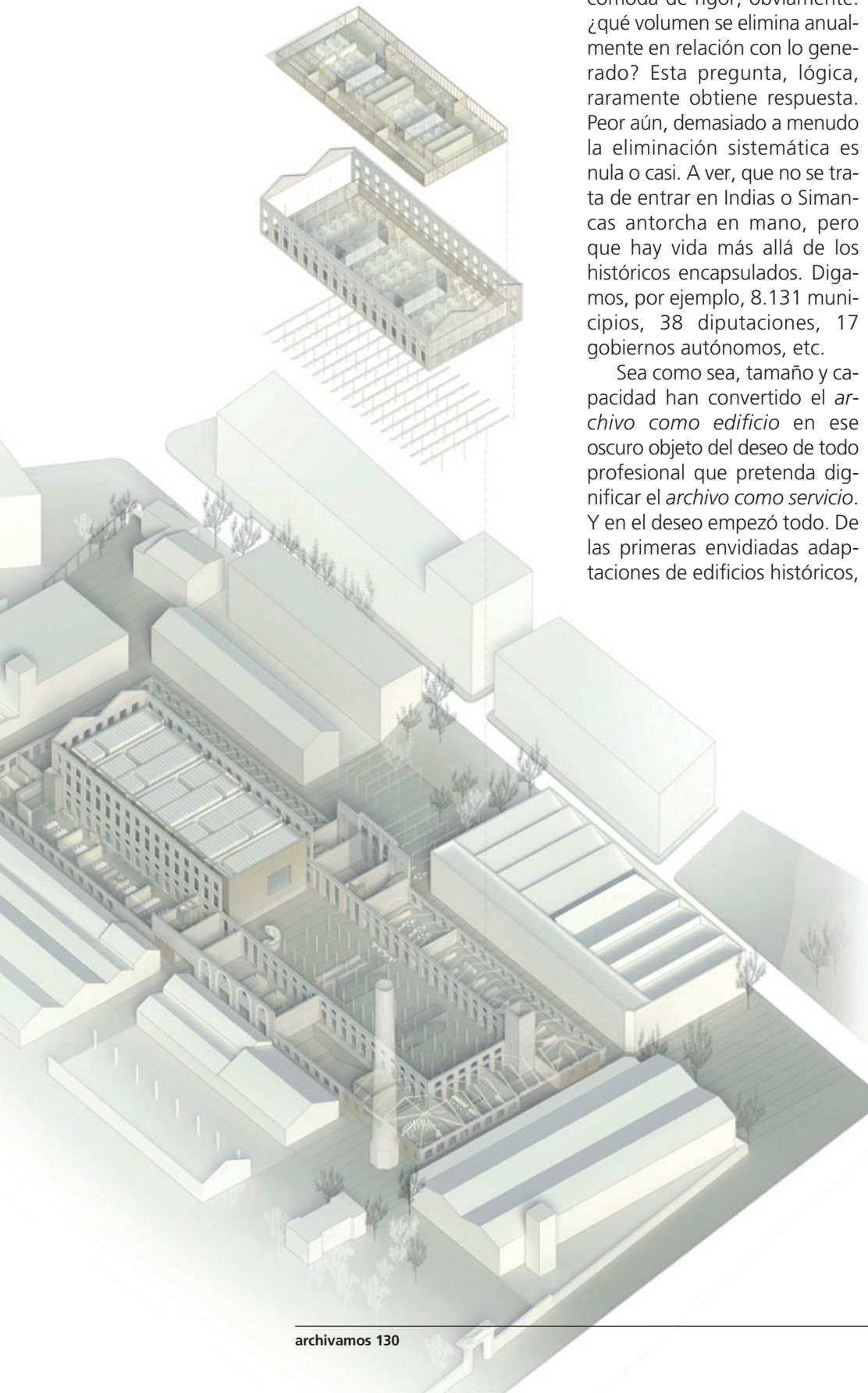
Luego está la pregunta incómoda de rigor, obviamente: ¿qué volumen se elimina anualmente en relación con lo generado? Esta pregunta, lógica, raramente obtiene respuesta. Peor aún, demasiado a menudo la eliminación sistemática es nula o casi. A ver, que no se trata de entrar en Indias o Simancas antorcha en mano, pero que hay vida más allá de los históricos encapsulados. Digamos, por ejemplo, 8.131 municipios, 38 diputaciones, 17 gobiernos autónomos, etc.

Sea como sea, tamaño y capacidad han convertido el *archivo como edificio* en ese oscuro objeto del deseo de todo profesional que pretenda dignificar el *archivo como servicio*. Y en el deseo empezó todo. De las primeras envidiadas adaptaciones de edificios históricos,

hemos pasado a remodelaciones integrales de más conventos, iglesias... y también a edificios de nueva planta. Éstos más envidiados si cabe por quien no ha logrado pasar del mero deseo. Entramos, por consiguiente, en el mundo de la arquitectura, en el cual las funciones del archivo son destiladas, estilizadas y, al mismo tiempo, prefijadas. Si con suerte tenemos la oportunidad de impulsar un archivo de nueva construcción siempre terminamos con edificios singulares, de autoría, en los cuales la arquitectura es el elemento característico, pero ¿y el archivo como servicio? Por descontado aplica, aunque la cuestión clave es de qué servicios hablamos.

Esas funciones prefijadas a las que aludía son las tradicionales, heredadas del concepto de archivo del siglo XIX con un toque de color del siglo XX añadido, tan bien interpretadas por los arquitectos en base al pragmatismo de los mismos profesionales de archivos. Aquello de más vale pájaro en mano. Así, depósitos, salas de trabajo y sala de consulta son ineludibles y, con un poco de suerte, un espacio polivalente que tanto da para exposiciones como para auditorio, con el *súmmum* si hay un espacio educativo. El resultado habitual es el *archivo bunkerizado*, la custodia, lo inaccesible al público, en combinación con la luminosidad de lo público, la consulta y el acceso. Se redoblan estética, publicidad y mensajes, y aparecen noticias sorprendentes, como que el nuevo edificio de archivo ofrecerá como servicio cultural "atención y servicio público". Impresionante. No obstante, nadie parece haberse percatado de su ubicación en un polígono industrial o en un descampado. El pragmatismo tiene un precio, relajémonos un poco.

Aprovechando el vuelo directo que ofrecía una compañía con la que nadie quiere viajar y aun así todos volamos, tuve la





oportunidad de visitar Oodi (oda), la biblioteca central de Helsinki. Impresionante (contexto absolutamente distinto del anterior "impresionante"). Inaugurada en 2018 para celebrar el centenario de la independencia de Finlandia. Nada de banderas inmensas (¡ah!, el tamaño...) ni monumentos casposos. Una biblioteca, ahí es nada. Una biblioteca con toda una serie de servicios envidiables. Que sí, que algunos también los ofrecen otras bibliotecas, pero hasta ahora yo no he visto nada igual.

No, no somos una biblioteca, pero sin ser lo mismo ni convertirnos en parque temático, el pragmatismo archivístico ha condicionado la evolución del

archivo como servicio y, en consecuencia, también el *archivo como edificio*. En un contexto de digitalización y descenso de consultas presenciales, sí, la divulgación es determinante, pero también una nueva oferta de servicios relacionados con documentos e información. ¿Ideas? Salas para investigación y trabajo en grupo, instalaciones en régimen de autoservicio como estudios de digitalización, grabación, fotografía y vídeo, laboratorio básico de restauración, servicios de impresoras 3D, de tinta UV y de grandes formatos, cortadoras láser y de vinilo, prensas térmicas, etc. En definitiva, promover la cocreación en torno a nuestro ámbito de actuación.

Falta de recursos, limitación horaria... Naturalmente, pero ¿qué fue primero el huevo o la gallina? Los archivos de referencia (territoriales, capitales de provincia...) deben intentarlo. Documentación pendiente de tratamiento habrá siempre, tan cierto como que pronto todo archivo-papel se convertirá en archivo encapsulado. El riesgo de convertirse en centro custodial favorecerá el "sólo mirar", al tiempo que los muros del archivo, arquitectónicamente espectaculares, pero conceptualmente herederos del pasado, constituirán los límites de su desarrollo y universo. Sin cambios, el *archivo como edificio singular* será poco más que una preciosa jaula de oro. ■